

La nueva lucha de clases.

Los refugiados y el terror.

SLAVOJ ŽIŽEK

*Editorial Anagrama,
Barcelona, 2016, 137 pp.*



Da la impresión de que cuando se habla de Slavoj Žižek es necesario hacerlo desde un calificativo. Muchos son los que lo acusan de histriónico, marxista desfasado, poco serio, lacaniano anacrónico y adjetivos por el estilo, con la intención –explícita o implícita– de mediatizar al que se aproxima a su obra sin prejuicios. También es cierto que, en la orilla opuesta, nos encontramos una legión de seguidores del filósofo esloveno que persiguen influir haciendo de él una suerte de chamán, un santón fuera del alcance de la crítica, basándose en su proverbial teatralidad.

Por eso es difícil, aunque necesario a nuestro juicio, abstraerse de todo ese ruido que rodea a Žižek antes de iniciar la lectura de uno de sus textos. Tal es el caso de *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, publicado por Anagrama en abril de 2016. De su lectura entendemos, en primer lugar, que el filósofo esloveno se toma en serio la tarea hegeliana de captar nuestra época con el pensamiento. En efecto, pocos problemas son más actuales y candentes que el del terrorismo islamista y el de los refugiados, uno y otro, además, estrechamente relacionados.

Žižek acomete en primer lugar la tarea de derribar los mitos que nos impiden acercarnos a la cuestión del modo adecuado. El culpable, por acción u omisión, del auge de los fanatismos islamistas y populistas de corte neofascista es el liberalismo de izquierdas, que ha construido toda una serie de relatos que nos impiden individuar el problema correctamente y, en consecuencia, actuar eficazmente. El primer tabú es la defensa de la libertad de expresión “llevada al extremo” (página 24), es decir, asumir que cualquier enemigo de esa misma libertad de expresión es alguien al que no se ha escuchado debidamente. Otro, no menos importante, es el que equipara cualquier referencia al legado emancipador europeo al imperialismo cultural y al racismo. El tercero es la asimilación de que la defensa de nuestro modo de vida es, en sí misma, una idea protofascista. Tampoco es asumible, según el filósofo esloveno, que toda crítica al islam sea fruto de la islamofobia, tal como se desprende de ciertas sensibilidades progresistas occidentales. Por tanto, la crítica al I.S.I.S. no debe ser entendida ni como una crítica al islam en su conjunto, ni como imperialismo cultural europeo, así como tampoco hay nada profundo que entender en su barbarie; su violencia es salvaje, sin un fin concreto, es la “violencia divina” de W. Benjamin, que es un fin en sí misma (página 46). Por todo esto no caben paños calientes en la condena, ya que el mundo en general y Europa en particular se está jugando su futuro en esta batalla contra el terror.

La respuesta de Žižek no supone una sorpresa viniendo de un filósofo marxista, aunque sí resulta curioso que se realice en pleno siglo xxi: reclama la centralidad del concepto de lucha de clases marxista y el análisis económico y social concreto. Ese análisis (páginas 51 ss.), se aplica a la situación geopolítica actual, y a su repercusión en la crisis de los refugiados, donde el terror islamista juega un papel fundamental. Aunque conviene resaltar que, aunque es cierto que la mayoría de refugiados afganos, sirios e iraquíes huyen de una guerra provocada por los terroristas islamistas, no es menos cierto que la mayoría de esos conflictos han sido tolerados, apoyados o fomentados por las fuerzas occidentales que ahora se rasgan las vestiduras por las barbaries de esos radicales.

Es la geoestrategia del capital la que, en definitiva, hace que el apoyo del imperio se decante de un lado u otro. Esa es la clave y es donde el filósofo esloveno centra su argumentación y donde nos muestra su versión de la teoría de la lucha de clases hodierna. Efectivamente, el capital global dicta sus normas internacionalmente, y para luchar contra ellas (por una sociedad justa) hay que buscar el enfrentamiento de clase. Pero no es tan fácil como parece porque, por ejemplo, en el caso de los refugiados, ¿son todos ellos “clase obrera”? Lógicamente, no. Hay mucho desfavorecido, pero también hay muchas personas pertenecientes a élites explotadoras caídas en desgracia y que buscan recuperar su status en Europa. También encontramos

entre ellos simpatizantes de ramas radicales del islam. Incluso gente que no tiene ninguna convicción ni necesidad de aceptar los valores de las sociedades de acogida. Lo cierto es que, teniendo en cuenta que nadie por el hecho de ser refugiado tiene unos valores morales y políticos determinados, no podemos incluir a todos los refugiados dentro de la clase trabajadora. Si realmente buscamos una transformación radical de la sociedad, sostiene Žižek, debemos identificar a nuestros aliados (los refugiados pertenecientes a nuestra clase) y a nuestros adversarios (los que no pertenecen a ella).

En ese sentido, la tarea de la izquierda consiste en amalgamar la clase transformadora independientemente de su país de procedencia (página 74). Como el mismo Marx sentenció en el *Manifiesto comunista*, “el proletariado no tiene patria”, lo que, aplicado a esta crisis de refugiados, equivale a sumar adhesiones dentro de nuestra clase, sin tener en cuenta el origen de cada individuo. Si comparamos esta propuesta con la del liberalismo de izquierdas, se puede observar lo lejos que éste se encuentra de una solución práctica a la injusticia del sistema actual, ya que toma pie en una abstracción sin sentido, a juicio de Žižek: la de considerar un fondo común a todos los seres humanos, es decir, lo que se entiende por “naturaleza humana” (página 93). Tal cosa no existe para el esloveno, no hay nada en el concepto de “humano” que nos determine, y mucho menos desde una perspectiva ética y política. Somos individuos que pertenecen a una clase social concreta, y ésta determina nuestra educación, posibilidades de prosperar, nuestros hábitos más cotidianos, nuestros intereses, etc. Por eso mismo, según las tesis del esloveno, un burgués es alguien esencialmente distinto a un trabajador. Esa es la justificación de la lucha de clases, y el principal motivo para superar el multiculturalismo y su sentimentalismo. Siguiendo las tesis de Žižek, en resumen, la justificación para ayudar al prójimo (en este caso, los refugiados) no responde al hecho de ser todos humanos y la empatía que se nos exige para con nuestros congéneres, sino a que es nuestro deber en tanto que “personas decentes” (página 95). Entendido así, el ser o no decente viene dado, o al menos así lo hemos entendido nosotros del texto, por acometer esa praxis ética que se deriva de la postura política de la lucha de clases, esto es, actuar ética y políticamente con el objetivo de transformar radicalmente la sociedad. Dicha transformación es la condición *sine qua non*, porque sólo a través del derrocamiento del capitalismo globalizado se puede aspirar a solucionar problemas como el terrorismo y los éxodos masivos.

Ahora bien, el camino hacia la revolución que propone Žižek no es un camino de rosas. La principal arma del capital para debilitar a sus contrincantes es la de arrebatarse al proletariado la conciencia de pertenencia a la clase trabajadora. Mucho se ha discutido acerca de las tesis que sostienen que, en el siglo xxi, no se puede

defender la existencia de clases sociales, esto es, todos somos burgueses y el éxito (léase la riqueza acumulada, la fama, el reconocimiento, etc.) dentro de esa clase sólo depende del esfuerzo y del talento individual. El uso de la ideología y de la cultura que realiza el imperio para “convencer” a los desfavorecidos es el mayor peligro con el que se enfrenta la causa obrera. Pero, ¿convencerlos de qué? Pues de que su sometimiento es “lógico” e incluso “justo”, o lo que es lo mismo, hacerles ver que la injusticia intrínseca al capitalismo globalizado es el orden normal de las cosas. Es ahí donde surge el gran problema al que antes nos referíamos, el de que grandes masas de desfavorecidos se vean atraídos por el populismo de extrema derecha en occidente (UKIP en el Reino Unido, Frente Nacional en Francia, AfD y PEGIDA en Alemania, etc.) o por el terrorismo islamista. Ante este problema, Žižek nos lanza la pregunta leninista de “¿qué hacer?”, y no duda en reproponer la receta de la lucha por la educación de las clases sometidas, mostrándoles que los enemigos no son ni los refugiados ni los seguidores del islam en general. El verdadero enemigo es el capitalismo globalizado, al causar con su violencia inherente todas las injusticias que generan los conflictos; por todo esto, la unión de la clase trabajadora se impone como necesaria. Lo que conviene subrayar, para no caer en los triunfalismos del marxismo-leninismo de antaño, según el cual la historia acabará dando la razón a la causa proletaria (es decir, la lucha del proletariado acabará imponiéndose por sí sola), es que todo el camino está por hacer, solo cabe la opción de organizarse a todos los niveles, luchar, debatir y convencer. Esta actitud, en definitiva, es la actitud de la filosofía, de (casi) toda filosofía, y creemos que representa mejor que cualquier adjetivo *ad hominem* el modo de pensar y de actuar de Slavoj Žižek. Por eso creemos interesante la lectura de *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*, porque nos ayuda a captar nuestro presente desde el pensamiento, abriéndonos perspectivas interesantes sobre temas de máxima actualidad y, además, nos permite acercarnos al autor sin ser presa de los tópicos.

ÁLVARO RAMOS COLÁS.

Graduado en Filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, donde además cursé el Máster de Filosofía Teórica y Práctica. Actualmente realizo en dicha universidad el doctorado en Filosofía bajo la supervisión y dirección del profesor Ramón del Castillo Santos.